

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE DIVERSAS CONCEPCIONES HISTORICAS DEL HUMANISMO

*Jorge Rolando Molina González**

INTRODUCCION

Desde el momento en que los Estudios Generales fueron establecidos en nuestro país, se les concibió como una unidad académica llamada a procurar, en el estudiante de primer ingreso, una conciencia humanista más allá de la que deparan los niveles de escolaridad que preceden a la universitaria, y que estuviera encaminada a la formación de profesionales verdaderamente cultos en el sentido exacto del término. Se pretendió con ello que el estudiante, además de profundizar en el campo de sus intereses y especialización, pudiese contar con una formación general de índole humanista que lo capacitara para pensar y escribir con claridad y corrección, a la vez que desarrollar espíritu crítico sobre los problemas de nuestro tiempo, de manera que pudiese relacionar su presente con el pasado. Se pretendía liberarlo del especialismo bárbaro en que había entrado nuestra Universidad en sus primeros años, especialismo que ya desde los años treinta de nuestro siglo, denunciaba y combatía con todo vigor Ortega y Gasset en su obra *La Rebelión de las masas*.

Era también pretensión de los Estudios Generales –virtud que aún mantiene– enrumbar la educación superior hacia la formación de un hombre, que sin renunciar al área de lo que ha de ser su especialización profesional, fuese capaz de maravillarse e interesarse por lo que hay de excelente en una formación humanística, como condición indispensable para captar y apreciar los valores de nuestra cultura, sentirse más capacitado para comprender el mundo circundante y tomar conciencia de sus derechos, pero también de sus responsabilidades.

De este noble afán por establecer y mantener para bien de nuestra sociedad un ciclo integrado de humanidades, que ya supera las tres décadas y que ha marcado un importante hito en la vida nacional,

nos hemos sentido movidos a escribir este modesto ensayo que está encaminado al logro de los siguientes propósitos:

1. Ofrecer una visión panorámica y valorativa de lo que ha sido el humanismo a través del tiempo, a fin de destacar el enriquecimiento que ha experimentado tal concepto hasta desembocar en el significado totalizante que hoy se le reconoce.
2. Señalar y valorar algunas de las distintas formas o matices que ha asumido el llamado humanismo contemporáneo.
3. Reproducir algunos importantes juicios vertidos por hombres de ciencia y filósofos, sobre el equilibrio que debe existir siempre entre ciencia y tradición humanista.
4. Reiterar que anda sumamente perdido aquel que todavía insista en negarle al humanismo de hoy, la dimensión científica que por naturaleza le corresponde, sobre todo, en una época como la actual que está profundamente marcada por el desarrollo de la Revolución Científico-técnica.
5. Ofrecer algunas consideraciones en torno a juicios negativos que se tienen sobre un cierto e incontrolado desarrollo científico-tecnológico que asusta, por el patrón de deshumanización que tiende a versele.

Antes de proceder al desarrollo de cada uno de estos propósitos, permítaseme consignar en el apartado inicial de este trabajo unas breves notas introductorias sobre el significado del humanismo, el origen del término y algunas conceptualizaciones que parecen importantes.

EL HUMANISMO: ORIGEN DEL TERMINO Y CONCEPTUALIZACIONES

Alguien ha dicho con mucha propiedad que el humanismo es todo un proceso espiritual, intelectual e histórico que va indivisiblemente ligado a una épo-

* Jorge Rolando Molina González. Profesor de Historia de la Cultura en la Escuela de Estudios Generales. Universidad de Costa Rica.

ca, a un pueblo, cuya contribución se ha hecho con letras o con sangre a fin de que el hombre sea más hombre y su vida más digna y más humana. Es indiscutible que el humanismo ha logrado en tal sentido –desde la época antigua hasta el momento presente– liberar al hombre en gran medida de su animalidad tosca, para dotarlo de elementos espirituales con los cuales pueda sentirse orgulloso de su condición.

En lo que concierne puramente al origen del término humanismo, vocablo del cual se han derivado otras palabras como humanista, humanístico, humanizar, humanidades, etc, el diccionario filosófico de José Ferrater indica lo siguiente: la utilización por vez primera del vocablo humanismo corresponde al profesor bávaro F.J. Niethamer que lo empleó en 1808 para referirse –por cierto en forma muy restringida– al estudio de las lenguas y autores clásicos de origen greco-romano. La misma fuente indica también que la expresión humanista fue usada inicialmente por los italianos en 1538 en tanto que el término humanístico por el alemán Walter Rüegg a partir del año 1784. (Ferrater, 1963:875)

Estas notas contrastan ampliamente con las que nos ofrece el profesor Guillermo Malavassi en su trabajo de compilación que titula Humanismo. En sus páginas establece que el término fue acuñado por los antiguos romanos. (Malavassi, fascículo N° 2 Fundamentos de filosofía U.C.R. 1973:7)

Lo que está claro es que la expresión **Humanitas** de la que derivan humanista y humanismo, fue empleada por Cicerón para traducir la palabra griega paideia que significa educación o cultura. Aulo Gelio, el gramático del siglo II A.C. la definió como conocimiento e instrucción de las buenas artes. (Garraty J. y Gay P. 1981:41).

Más importante que estas pequeñas diferencias sobre orígenes y empleo del término, lo que debe quedar claro es que el humanismo ha sido conceptualizado como una idea que requiere ser vivida por cada época histórica y que descansa en una determinada concepción de hombre sobre la cual se apoya, a fin de impulsarlo hacia la consecución de un ideal de perfección. (Toffarín, 1953:3).

De esta manera muchos han definido el humanismo como un estudio de conciencia al que se llega y que debe estar al servicio de la humanidad. (Gil Tovar, cit. por Díaz Ortiz, 1983:5)

También se ha definido el humanismo como el conjunto de ideas que expresan respeto hacia la dignidad humana, preocupación por el bien y desarrollo multilateral de los hombres; por crear condiciones de vida social favorables para la humanidad. (Cuenca, 1987:12).

Sin embargo, ningún concepto me ha parecido mejor elaborado que el que nos ofrece el filósofo francés Jacques Maritain (1966:12) cuando afirma:

“El humanismo es el fenómeno que tiende a hacer al hombre verdaderamente humano y a manifestar su grandeza original haciéndolo participar de todo cuanto puede enriquecerle, en la naturaleza y en la historia, concentrando al mundo en el hombre, y dilatando al hombre en el mundo. Ello requiere desde luego que el hombre desarrolle las virtualidades en él contenidas; sus fuerzas creadoras, su vida, su razón, a fin de convertir las fuerzas del mundo físico en instrumentos de su propia libertad”.

EVOLUCION HISTORICA DE LA CONCEPCION DEL HUMANISMO

1. El Humanismo de la Antigüedad.

El humanismo universal ha recorrido desde el amanecer mismo de la historia, un espinoso camino que se refleja en las diversas concepciones que sobre el particular se han elaborado y que no han podido escapar a la influencia de las ideologías, escuelas filosóficas y hasta teorías socioeconómicas, que lo han adoptado para sustentar sus postulados. En medio de una situación en la que todos lo reivindican para abandonarlo a la hora de sus consecuencias prácticas, el humanismo ha tenido que rescatarse a sí mismo de las cenizas como Ave Fénix, para reconocerse en una serie de ideas básicas que a través de la historia, han conformado su esqueleto. (Restrepo, Mejía y Mila, 1984:70)

Intentamos en estos párrafos ofrecer un recuento histórico y valorativo de las diversas concepciones o matices que ha tenido el humanismo, desde las más generales hasta las más elaboradas y enriquecidas. Ese recuento histórico arranca precisamente con las ideas que en plena antigüedad esbozaban los primeros humanistas y que apuntaban a ideales de igualdad, justicia, amor, paz, felicidad y alegría de vivir. Tales ideas se pueden verificar a través de las luchas que sostenían los esclavos en Egipto, Grecia y Roma, lo mismo que en las reivindicaciones que en tales o parecidos sentidos demandaban los plebeyos ante los patricios. Fue precisamente en la Grecia clásica del siglo V A.C. y luego en la Roma de los siglos II y I A.C. cuando el pensamiento humanista antiguo alcanzó su máxima expresión. (Cuenca, 1978:13)

Ahondando sobre este mismo punto señala don Abelardo Bonilla (1934:19) que el humanismo –ya no como abstracción o sentimiento más o menos definido, propio de la naturaleza humana, cuyas raíces

ces se hundan en el tiempo, sino como materia de pensamiento y de creación— arranca definitivamente con los griegos. Fueron ellos los que a través de su mitología y religión antropomórfica, lo mismo que a través de las manifestaciones del arte, dieron sentido humano a toda su actividad. Este sentido humano se encuentra presente en aquellos profundos pensamientos de Protágoras (el hombre es la medida de todas las cosas...) y de Terencio (soy hombre; nada de lo humano me es indiferente). Siglos más tarde Platón, considerado como uno de los más grandes exponentes del llamado humanismo espiritualista, contribuyó aún más a abrir el horizonte de las ideas a través de sus concepciones sobre la belleza, la bondad y la verdad. Su obra Fedón está considerada como el más alto monumento del espiritualismo griego. (Bonilla, 1934: 10)

Con Aristóteles y sus discípulos, los griegos lograron articular una concepción armoniosa del hombre como elemento primario, como entidad espiritual y pensante y como parte de la colectividad. Estas y otras ideas, son las que definieron en forma definitiva la concepción griega de Paideia como sinónimo de la educación integral del hombre. Estas ideas que son las que dan soporte al humanismo antiguo, son también las que permiten decir categóricamente como la hace Abelardo Bonilla (1934:9) que el humanismo es producto del mundo occidental. Según don Abelardo, sólo los pueblos de occidente conciben a la humanidad como un mundo cerrado en medio del universo, que se basta a sí mismo. En oposición a ello, los pueblos orientales tienen una cosmogonía en donde se liga al hombre con el resto del cosmos y por lo tanto su existencia es una forma pasajera en el infinito de las formas.

Veamos ahora, cuáles fueron o han sido las restantes concepciones humanistas que han aflorado con el paso del tiempo.

2. El Humanismo Renacentista: Valoración y crítica

Otro de los grandes momentos estelares que ha tenido el humanismo en su devenir, es el que se desarrolló en el tránsito de dos épocas: el fin de la Edad Media, y el advenimiento de los tiempos modernos, fenómeno que podemos ubicar en los siglos XV y XVI y que se conoce como humanismo renacentista.

Acerca de este humanismo que muchos autores denominan humanismo clásico nos encontramos en el diccionario filosófico de Nicola Abbagnano dos acepciones bastante diferenciadas. Por un lado se le define como sinónimo de movimiento literario filosófico que tuvo su cuna en Italia y que mostró parti-

cular interés por el reconocimiento de cuatro elementos a saber:

- a) El reconocimiento de la totalidad del hombre como ser formado de cuerpo y alma, destinado a vivir en el mundo y a dominarlo, y que además reivindica para sí el valor del placer y la negación de la superioridad de la vida contemplativa sobre la activa. Este tipo de humanismo, liberador de conciencias, se detuvo mucho en la exaltación y dignidad de la vida del hombre, en el reconocimiento de su puesto central dentro de la naturaleza y destino dominador de la misma.
- b) El reconocimiento de la historicidad del hombre, o sea, su nexa con el hombre del pasado, ya sea para distinguirlo o bien para mostrar su oposición.

En este sentido puede decirse que hubo una gran obsesión entre los humanistas de los siglos XV y XVI, por conocer el rostro auténtico de la antigüedad liberándola de las distorsiones y añadidos que había establecido la tradición medieval.

- c) El reconocimiento del valor humano de las letras clásicas: griegas y romanas y de la educación integral del hombre que los griegos llamaron **Paideia**. Esta es quizá la vertiente de ese humanismo renacentista que más se ha explotado.
- ch) El reconocimiento de la anatomía de la naturaleza como conocimiento indispensable para la vida y para el éxito.

Dentro de esta concepción de humanismo signada por estos cuatro elementos, los humanistas solían proclamar la libertad de la persona humana, combatían la sobrevaloración religiosa, se pronunciaban por el sentimiento optimista de la vida, por el placer y la satisfacción de las necesidades terrenales, lo mismo que por una confianza del hombre en sus propias fuerzas y en la formación de una personalidad humana sin límites o barreras. (Cuenca, 1987: 16)

Frente a esta manera de concebir al humanismo, surgió también la de orden filosófico que estimó como tal, cualquier movimiento filosófico que entrara a considerar como fundamento, la naturaleza humana o bien los límites o intereses del hombre, de acuerdo con el viejo dicho de Protágoras, "El hombre es la medida de todas las cosas..."

Este tipo de humanismo renacentista que encontró notable acogida en los círculos de la aristocracia y que también estimuló el surgimiento de una clase social emergente, la burguesía, es también conocido como humanismo antropocéntrico, que per-

duró en Europa especialmente durante todo el período medieval. En la visión antropocéntrica, el hombre se concibe como centro gravitacional de todas las cosas. En el teocéntrico se señala a Dios como centro del hombre, lo que a su vez implica la concepción cristiana de un hombre pecador y redimido por la acción de la gracia. (Maritain, 1966:30)

Los enjuiciamientos que históricamente se han hecho de este humanismo renacentista, permiten colocarlo en dos dimensiones muy diferentes. Mientras por un lado nos encontramos con una sobrevaloración como la que expresa Toffarín (1953:10) para quien el humanismo renacentista es el más completo de todos cuantos han aparecido; es el humanismo por antonomasia, el llamado a servir de modelo o paradigma. Por otro, nos encontramos con juicios como los de Herbert Marcuse para quien este humanismo anticlerical y anti-autoritario, nunca dejó de ser una ideología de élite, un humanismo idealizado que con frecuencia pecó de inhumano. (Marcuse, 1975:16)

Sobrevalorado como lo entiende Toffarín o disminuido como lo ve Marcuse, lo cierto es que este humanismo renacentista, logró superar en demasía al que se cultivó durante la época medieval, incluso en el momento de su mayor florecimiento intelectual en los siglos XII y XIII. En efecto, con todo y que el papel de la universidad medieval vino a satisfacer con brillo una necesidad del espíritu humano que envolvió, tanto a sectores burgueses como cortesanos, también es cierto que se ignoró todo lo que corresponde al terreno de la personalidad individual. No fue sino en el tránsito de los tiempos medievales a los modernos, como ya se ha dicho, que empezó a aflorar la tendencia que vendría a suplantar el corporatismo y teocentrismo, por un individualismo y antropocentrismo de profundo matiz humanista.

Entre los grandes precursores y exponentes de este humanismo, tanto dentro como fuera de Italia, figuran personalidades como la de Francisco Petrarca, Dante Alighieri, Boccaccio, Leonardo Bruni, Lorenzo Valla, Pico Della Mirandola, Marsilio Ficino, Nicolás de Cusa, Miguel de Montaigne, Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives, Lorenzo Agrícola y muchos más que por limitación de espacio no podemos seguir enumerando.

Bueno es también destacar que aun cuando la mayoría contribuyó a que se formara una concepción no religiosa del mundo, no lograron sin embargo, salvo los casos calificados de Tomás Moro, Tomás Campanella y Tomás Munzer, unir sus concepciones humanistas a las luchas sociales. (Cuenca, 1987: 16)

En resumen, lo meritorio del humanismo renacentista, es que centró su atención en el estudio de

los problemas más próximos a la condición humana individual y en otras como el libre albedrío, la satisfacción mundana y la razón, olvidando en gran medida el trascendentalismo medieval. En una palabra, el hombre se afirmó como individuo y como árbitro del mundo y de su propio destino. (Moreno y otros, 1978:189)

3. Del humanismo naturalista al humanismo contemporáneo

Llamamos humanismo naturalista a la fase que se inaugura en el siglo XVII como resultado de una revolución científica que empieza y que pone su acento en el triunfo de las ciencias y del dominio del hombre sobre la naturaleza. Uno de los filósofos de la época a quien con toda justicia se le puede señalar como baluarte de esta concepción, es René Descartes. En un pasaje de su obra **El Discurso del Método** alude al dominio del hombre sobre la naturaleza para bien de todos los hombres en los siguientes términos:

“... esas nociones me han hecho ver que es posible llegar a conocimientos que sean muy útiles para la vida, y que en lugar de esta filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una filosofía práctica, mediante la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, el agua, el aire, los astros y todos los cuerpos que nos rodean ... podemos emplearlos en todos los usos para lo que son apropiados y así hacernos dueños y poseedores de la naturaleza”. (El Discurso del Método pp 76-77, citado por Cuenca, 1987:18)

Posteriormente, tanto la Ilustración francesa del siglo XVIII como el Romanticismo de inicios del siglo XIX, actualizaron de nuevo el humanismo poniendo el acento en la esperanza de la razón y en la palabra humana como instrumentos del hombre para la transformación y mejoramiento de la sociedad y el individuo.

Fue justamente con el advenimiento del siglo de la Ilustración que el humanismo alcanza una cualidad diferente que se da en el aumento y triunfo de la burguesía contra el absolutismo y los resabios feudales. En el centro del pensamiento de exponentes de la época, de la talla de Locke, Spinoza, Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Herder y otros que llenaron el siglo XIX tales como Goethe, Schiller, Kant, Fichte, Hegel, Humboldt, Feuerbach, etc. prevalecen las consignas de libertad, igualdad, fraternidad y dignidad humana.

Se defiende el derecho de los individuos a desarrollar sin obstáculo alguno, su auténtica naturaleza. Se insiste en la tolerancia religiosa y en la libertad

del pensamiento científico y filosófico. La Ilustración tiene en resumen, un alto valor humanista por cuanto enarbó como bandera de lucha una serie de principios que hicieron posible después del triunfo de la Revolución Francesa en 1789, un gran avance en el desarrollo social. Gracias a los invaluable conocimientos proporcionados por el desarrollo científico y filosófico de estos siglos, el humanismo ensanchó su horizonte bajo una nueva denominación: el **Neo-Humanismo**, que desde entonces habría de caracterizarse por la aparición de todo un abanico de diversificaciones y adjetivos, muchas veces irreductibles y contrapuestos. Es así como se empieza a hablar de un humanismo liberal, un humanismo socialista, marxista, existencialista, cristiano, integral, artístico, heroico, científico, tecnológico, etc.

Sobre algunos de estos particulares acentos neo-humanistas, ofrecemos en el siguiente apartado una brevísima referencia a fin de que se entienda cuales son algunos de sus respectivos alcances. Por lo pronto solo resta decir que todos esos matices **neo-humanistas** aparecen fusionados dentro de lo que genéricamente se ha dado en llamar también **Humanismo Contemporáneo** y cuya finalidad suprema es la lucha por una mejor condición del hombre, comprometida con el estudio de la totalidad de las manifestaciones espirituales y materiales, rechazando como ajeno todo aquello que induzca a la especialización unilateral y autoritaria del mismo.

4. El Humanismo contemporáneo: sus diversas formas o matices

Con el afán lógico y legítimo que ha tenido y tiene el hombre contemporáneo por encontrar el sentido a su existencia en un mundo signado por recurrentes crisis de toda índole, ha ideado diversas concepciones en las cuales refugiarse. Con el propósito de que se comprenda por lo menos en grado mínimo los alcances de cada una, se ofrece a continuación una brevísima referencia dejando como parte segunda de este apartado, algunas consideraciones sobre los temores que abriga la humanidad con respecto al extraordinario desarrollo tecnológico y los factores crecientes que contribuyen a deshumanizarlo.

Algunas de estas diversas formas o acentos de humanismo contemporáneo son las siguientes:

El Humanismo Liberal.

Este humanismo cuyos orígenes datan de fines del siglo XVIII y principios del XIX, encontró su mayor soporte- por lo menos inicialmente- en la clase burguesa, que mientras permaneció en la llanura dis-

putándole el poder económico y político a la nobleza, no vaciló en proclamar una doctrina y humanismo que exaltaba entre otras cosas: la libertad individual y respeto a la personalidad, la garantía de una serie de derechos como los de propiedad privada, resistencia a la opresión, libre tránsito y agrupación política, oposición al privilegio legal, abolición del régimen esclavista en las colonias de ultramar y otros. Sin embargo, cuando esta burguesía conquistó nuevos poderes que le permitieron consolidarse como clase privilegiada, no vaciló en someter los postulados de la doctrina liberal a una nueva reinterpretación, mucho más acorde con las nuevas circunstancias. Justificó toda clase de prerrogativas en tanto que evitaba llevar a la práctica la libertad e igualdad de derechos que otrora defendiera con poderoso ardor. (Kuhnl, 1971:80-81)

Fue decepcionante que la doctrina liberal actuando en nombre de proclamadas libertades- por cierto de muy profundo contenido humanista en el tanto en que reconocía al hombre como centro del universo filosófico-, terminara poniéndole cortapisas a una cantidad considerable de derechos (no había suficiente correspondencia entre el decir y el hacer) al mismo tiempo que estimulaba como contrapartida un individualismo a ultranza que no sirvió más que para santificar la lucha del más fuerte, y acentuar con ello, las desigualdades entre los hombres por razones de condición social, fortuna, educación y otros privilegios que en el pasado juró combatir.

En consecuencia, el humanismo liberal pasó a convertirse en la mayoría de los casos en una simple expresión vacía de contenido, de lo que pudo haber sido y no fue, y que por los aspectos frustrantes ya señalados, provocó la irrupción de una nueva doctrina y por ende de una nueva concepción humanista: el Socialismo.

El Humanismo Socialista

Sobre este particular refiere el conocido filósofo francés Michel Verret (1978: 146-150) que el humanismo socialista no solo ha respondido y aún continúa respondiendo a las necesidades funcionales del proletariado, expresión inequívoca de su vocación liberadora universal, sino que también constituye una especie de trinchera para protestar y luchar contra las mismas deformaciones burocráticas del Estado socialista. Agrega que el socialismo es humanista por definición, en la medida en que no solo se convierte en voz de protesta contra los excesos del modo de producción capitalista, uno de los modos de producción más destructivos del factor humano y en consecuencia, dipapidador de carne, sangre, nervios y cerebro, sino también en el tanto en que

lucha por la afirmación de valores. Esto lo logra en dos sentidos: primeramente estableciendo que la economía socialista tiene por motor y por objetivo la satisfacción de las necesidades de los productores asociados, en vez de la necesidad de plusvalía mentalidad muy propia de la clase capitalista y de los sectores que le son parasitarios. En segundo lugar, procurando la satisfacción misma del hombre y la búsqueda de su superación.

El Humanismo Marxista

El marxismo como cuerpo de ideas, es la expresión más radical de las ideas socialistas que surgieron hacia mediados del siglo XIX, como reacción a la doctrina liberal. Sin embargo, la concepción de humanismo socialista y marxista, pese a lo expresado anteriormente, no está del todo consagrada. Sobre el particular se ha suscitado en las últimas décadas un fuerte debate que aún no termina en relación con las fuentes y el sentido mismo que tienen las expresiones humanismo socialista y humanismo marxista. Por limitación de espacio, no vamos a discutir si el marxismo es como dicen unos y objetan otros, una forma de humanismo. Entrar a considerar en este trabajo el valor teórico e ideológico de la expresión humanismo marxista, excede los límites de este breve ensayo, por lo que preferimos remitir al lector a la obra de Louis Althusser y otros titulada **Polémica sobre Marxismo y humanismo**, en la seguridad de que allí encontrarán respuesta a ese interrogante. Hecha esta salvedad, me parece oportuno consignar algunas ideas que en opinión de Henri Lefebvre no solo garantizan la vigencia de la expresión humanismo marxista, sino que representan un legado del mismo. Una de estas ideas es la noción de **hombre total** que según Lefebvre pertenece a Marx. Sobre el particular añade que hasta Marx, la noción de totalidad había sido una noción metafísica, especulativa y abstracta. De esta manera se aprecia por ejemplo en los escritos de Spinoza y de Hegel. Se trataba de una totalidad cósmica, no de totalidad humana. Aún más, en la metafísica tradicional la noción de totalidad, disociaba por un lado a la naturaleza con sus leyes, y por otra, al hombre con su libertad. El mérito de Marx estriba entonces, en haber demostrado que ese dualismo estaba desprovisto de sentido y de verdad; en señalar que existe una unidad dialéctica hombre-naturaleza, en la que el hombre lucha contra esa naturaleza pero sin separarse de ella. A lo largo de la misma, el hombre se configura, se cambia a sí mismo, se transforma, transformando con ello la naturaleza.

En relación con la libertad humana expresa que es una libertad conquistada históricamente, prácti-

camente, socialmente, de manera que cuando el hombre es privado de ella y de otras posibilidades; cuando siente que es engañado; cuando se siente frustrado o irrealizado, se convierte en un ser alienado o enajenado.

En lo atinente al trabajo y a las condiciones en que se desempeña el trabajador, añade que la enajenación se establece desde el momento en que el trabajador se convierte en instrumento del trabajo y su labor en medio de provecho para el que posee los medios de producción.

Dentro de la concepción de humanismo marxista la relación hombre trabajo solo cuadra dentro del concepto de totalidad humana en la medida en que se conciba como práctica social y como acción colectiva sobre la naturaleza. En conclusión, el humanismo marxista, en vez de partir de proposiciones metafísicas, abstractas y hasta sentimentales, parte de un análisis concreto de hechos históricos y prácticos que hacen que el hombre total se realice históricamente a través de una serie de separaciones, de oposiciones, de conflictos, de contradicciones, que hay que superar o remontar, no con pensamientos, sino con actos que frecuentemente son revolucionarios. (Lefebvre, 1949:808-809).

El Humanismo Existencialista.

Esta tendencia tuvo en el siglo XIX como fuente común de inspiración, nada menos que la obra filosófica de Sören Kierkegard y en el siglo XX, a figuras de la talla de Martín Heidegger, Herbert Marcuse, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir entre otros.

Aún cuando entre el existencialismo alemán y el francés se establece una fuerte ruptura en el hecho de que la concepción existencialista alemana que reposa en buena medida en las imágenes de la soledad, la angustia, la inquietud y la muerte, no es compartida a plenitud por el existencialismo francés, no podemos dejar de reconocerle al primero un gran aporte: la concepción heideggeriana (el hombre es el pastor del ser) en la que nos muestra un humanismo que se realiza en el compromiso total con el mundo, antes que la relación unilateral con una sola de sus realidades.

En cuanto al existencialismo francés, dos figuras de las que tangencialmente queremos ocuparnos en este momento son: Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre. Para la Beauvoir, el existencialismo es una moral de libertad y responsabilidad permanente; es una doctrina inquieta que no ofrece el alivio del optimismo, pero tampoco de un pesimismo definitivo. El hombre por definición –añadía– no es naturalmente ni bueno ni malo. El hacerse bueno o malo es algo que le pertenece según asuma su libertad o reniegue

de ella. Aquí lo que importa, es la manera como el hombre supera su situación.

Este tipo de existencialismo no niega el amor, la amistad y la fraternidad como muchos han querido ver; más bien lo potencia porque solo a través de estos sentimientos, puede encontrar el individuo el fundamento y realización de su ser. Sin embargo, es preciso añadir que esos sentimientos no aparecen dados desde el principio sino que hay que conquistarlos y quizá aquí está lo inquietante de ese existencialismo que no es sinónimo de desesperación pero sí de tensión constante. (Beauvoir, citado por Picón, 1958:787- 790)

En lo que respecta a Jean Paul Sartre, su mayor mérito estriba en haber reivindicado la libertad absoluta del hombre como valor supremo de la humanidad y la capacidad de inventarse a sí mismo como principio esencial de lo humano, (un hombre, es decir una libertad en posesión de su destino) (Restrepo, Mejía y Mila, 1984:71).

El Humanismo Artístico

La concepción del arte como actividad creadora del hombre, constituye también una importantísima función humanista. En este sentido resulta oportuno lo que argumenta Adolfo Sánchez (1978:52) cuando señala que el arte establece un gran entronque con la esencia humana ya que permite al hombre elevarse, afirmarse, transformar la realidad, humanizándola, de manera que por esta razón, no puede haber arte por el arte, sino arte para el hombre. En consecuencia todo artista debe buscar y elaborar las imágenes que le servirán para dar a conocer la realidad y ordenar el caos que ésta le presenta. (Sánchez Molina, Ana, 1987:6)

Por otra parte, el humanismo artístico debe promover el desarrollo máximo posible de una conciencia histórica que permita interpretar esa realidad con un verdadero sentido humanista.

El Humanismo Cristiano

Esta es una de las corrientes que mayor vigencia mantiene a lo largo de los últimos cien años. Promovido por la Iglesia Católica empezó a alcanzar profundo significado desde el momento en que la jerarquía eclesiástica consideró como inmerecida la situación de la clase obrera europea, débil y abandonada a su propia suerte, sin una legislación que la protegiese de la inicua explotación. El resultado inmediato de esta preocupación, fue la elaboración de todo un cuerpo de principios, valores, verdades, extraídos por el Magisterio Vivo de la Ley Natural y de la Revelación, con el propósito de adaptarlos y aplicarlos a

los problemas de nuestro tiempo y así, ayudar de manera más eficaz a los pueblos y gobernantes que luchan por la organización de una sociedad más humana y acorde con la voluntad de Dios en el mundo. (E. Guerry, 1963:21)

La Doctrina Social de la Iglesia, que también se sustenta en las enseñanzas del Santo Evangelio, es una doctrina social y moral. A través de ella, la Iglesia no pretende resolver los problemas sociales de nuestro tiempo, pero sí señalar los principios morales que ello trae aparejados, en un esfuerzo porque la justicia, la paz y la caridad prevalezcan entre los hombres. Estos principios morales han sido dados a conocer a través de las llamadas encíclicas papales. En ellas la Iglesia aborda los problemas sociales económicos y morales; se señalan normas para el buen uso de la riqueza, las fuentes de sustento progreso y bienestar. También se han expresado condenas contra las doctrinas materialistas que consideran al hombre como un esclavo o siervo. Finalmente, se fijan derechos y deberes de la Iglesia, el Estado, los patronos y los trabajadores con el fin de conciliar al hombre y a la sociedad, dentro de un marco de paz y justicia. En concreto, la doctrina social-cristiana que se ha venido practicando desde el momento en que se promulgó la primera gran encíclica social denominada Rerum Novarum en 1891, es enteramente humanista porque desde ese entonces apunta hacia tres grandes principios: la dignidad de la persona humana, la igualdad fundamental de los hombres por encima de los criterios de raza, credo o fortuna, y la defensa de los derechos inalienables del hombre.

El Humanismo Científico-Tecnológico.

Es indiscutible que la evolución del mundo actual, está dominada ostensiblemente por el extraordinario desarrollo que han alcanzado la ciencia y la técnica. Si esta ciencia y técnica ha sido creada para el servicio del hombre, habrá que convenir que esta es la época más humanizada de la historia del hombre. Así debería ser, pero desafortunadamente parece que no lo es a pesar de que una multitud de pensadores y científicos de todas las especialidades claman por este principio.

Sobre los temores que suscita el desarrollo incontrolado de la tecnología nos ocuparemos más adelante. Por lo pronto, hemos de insistir en la lógica conexión que siempre debe prevalecer entre ciencia y tradición humanista. Sobre el particular, nada más oportuno que apoyarnos en juicios que han expresado verdaderas autoridades como Lynn White Jr, Mario Bunge, Federic Joliot, Henri Lefebvre y otros.

Para Lynn White Jr, la historia de la ciencia y la tecnología, resulta tan absorbente, tan ilustrativa y tan profundamente humanista como la literatura misma. Por su parte Mario Bunge señala que un humanismo sin ciencia y además neutral, es tan inoperante, como altamente peligrosa una ciencia sin humanismo. (Sagot y Zeledón, 1980:94-95). Criterios semejantes los han expresado Joliot y Lefebvre cuando afirman categóricamente que ningún tipo de humanismo puede construirse fuera de la ciencias y menos aún en contra de ellas, puesto que son las dominadoras de nuestro tiempo. (Joliot y Lefebvre, 1946-1949, citados por G. Picón, 1958:808-809).

Si hay claridad en esas premisas, ¿por qué entonces esa obstinada actitud en la que se empeña el sistema educativo de muchos países, de enfrentar a las humanidades con la ciencia y en negarle al humanismo esa dimensión científica que también tiene? ¿Por qué esa porfía de considerar a las humanidades como no científicas y a la ciencia como susceptible de no ser integrada dentro de un programa de humanidades? Sobre este particular hay que reconocer que ya desde los inicios de la década de 1960, el francés Edgar Faure y grupo de colaboradores, ponían al sistema educativo en la picota, a través de las páginas de sus obra **Aprender a Ser** que publicó UNESCO. Ponían el acento en ese obstinado e incomprendible espíritu que tienen muchos pensadores e intelectuales de no reconocer la existencia del llamado **humanismo científico**. Pese a las agudas y atinadas observaciones de Faure y colaboradores, diversas universidades prestigiosas de Europa y América anglosajona, persistieron una vez más en convertir sus centros de enseñanza en recintos dedicados a la producción de bárbaros especialistas, quizá como un acto de rebeldía contra lo que a lo largo del período 1960-1972 denominaron "Dilettantismo Cultural" que bien podría traducirse como el simple asomarse en forma curiosa al conjunto del saber. Para un grupo de profesores y autoridades universitarias de centros tan prestigiosos como París, Berkeley y Columbia entre otras, los estudios humanísticos y de humanidades eran los responsables directos de ese dilettantismo cultural. El resultado de este acto rebelde fue la proliferación de millares de estudios técnicos que florecieron por doquier, y la transformación de esos centros de enseñanza superior en lo que ya señalamos.

Esta actitud que fue denunciada y criticada por el filósofo Herbet Marcuse, es tan solo una muestra de lo que es capaz de producir en las generaciones universitarias, el desequilibrio entre especialismo bárbaro y formación humana integral. Gracias a que como dice el adagio, solo los ríos no se devuelven,

los estudios introductorios fueron de nuevo afianzándose en una sólida base humanista de cultura general, base de la cual no conviene apartarse nunca para beneficio del género humano.

Ahora bien, para que este humanismo científico sea consecuente con las mejores concepciones que sobre humanismo hemos recogido en las páginas de este trabajo, es menester que la labor de científicos y tecnólogos se humanice. Esto significa que tal labor debe estar bajo el control y dirección de personas provistas de una elevada dosis de humanismo y consagradas al servicio pleno y dicha de la humanidad entera. De no procederse en esa dimensión, es posible que sigamos escuchando la dura y nada gratuita acusación que en muchos casos pesa sobre la ciencia y la técnica de ser las responsables de grandes males. Es lamentable tener que prestar atención a tales acusaciones cuando por definición sabemos que tanto una como la otra son bienhechoras. Lo que en estos casos falla, es la existencia de una sociedad insuficientemente penetrada de espíritu humanista de servicio. Sobre quien debe recaer realmente el peso de estas acusaciones, es sobre los hombres que la aplican y la utilizan en perjuicio de los intereses de las mayorías. Es precisamente dentro de este contexto en donde se asientan los mayores temores de la ciencia y la tecnología como factores de deshumanización. Por la importancia que ello reviste, ofrecemos a continuación algunas notas acerca de la visión negativa que sobre el particular se tiene.

La Tecnología como factor de deshumanización.

La base de referencia que sirve de soporte a este apartado, ha sido tomada de un enjundioso artículo escrito por la colombiana Lucía Sierra (1983: 53-58). Para esta intelectual, la deshumanización que cunde hoy en el mundo, se explica por la presencia de tres fenómenos que por lo general intervienen en forma paralela. Tales fenómenos son los siguientes:

- 1- La falta de una auténtica comprensión sobre lo que representa el avance tecnológico.
- 2- Un exceso de tecnología sin control alguno.
- 3- Su deficiente utilización.

Con respecto al primer fenómeno, no se tiene plena conciencia de los efectos desastrosos o catastróficos que puede originar si se la emplea mal. En relación con el segundo fenómeno lo que ha pasado es que como resultado de un crecimiento tecnológico que ha sido y sigue siendo vertiginoso, se ha creado también un cúmulo cada vez mayor de "necesidades" que antes no existían. Este exceso es des-

humanizador en el tanto que afecta el desenvolvimiento normal de las expectativas de los grupos humanos que se ven reducidos a un esclavismo consumista. En este sentido ha sentenciado E.F. Schumacher que:

“La tecnología de la producción masiva es inherentemente violenta, ecológicamente dañina, autodestructiva en términos de recursos no renovables y embrutecedora para la persona humana. Es deshumanizadora por cuanto el hombre pierde con ella los valores de la conservación”. (Citado por Sierra, 1983:54)

Compartido o no, no cabe duda que se trata de un edicto sobre el cual conviene reflexionar un poco.

En cuanto al tercer fenómeno, este recoge el peso de las acusaciones mayores. Sabido es que desde los tiempos de la Revolución Industrial, se señala a la tecnología como la responsable directa de la producción excesiva de bienes que crea y también de la despreocupación que asume por la distribución equitativa o cuando menos de la forma menos desigual. También se le acusa de haberse convertido en instrumento de poder en manos de minorías privilegiadas y en factor de dependencia o yugo al cual están uncidos de manera preferente, los hoy llamados pueblos tercermundistas.

Es lastimoso comprobar entonces que la orientación que en muchos casos se da al desarrollo tecnológico, no esté siempre encaminada a contribuir y solucionar necesidades humanas tales como abaratar productos y mejorar la calidad de vida de los humanos, sino más bien a derrochar y deteriorar recursos. Doblemente lastimoso es comprobar que la tecnología puede servir también para promover el desarrollo de una actitud conformista ante la dependencia, la explotación y la falta de equidad. Esta decadencia de valores espirituales se palpa también en la magnitud que ha alcanzado el consumismo, la agudización de la violencia y la despreocupación por la convivencia humana, actitudes completamente ajenas a un espíritu humanista tal como se entiende hoy día.

De continuar el mundo por esta senda de irracional y deficiente utilización tecnológica, no sería extraño que esta pase a figurar como uno de los más tenebrosos jinetes del apocalipsis. Para evitar que estos efectos nocivos que derivan de su mala utilización se amplifiquen, es menester el uso controlado y racional de manera que esté orientado hacia:

- a) La solución de las desigualdades entre países y regiones a fin de disminuir la brecha que ha establecido el desarrollo frente al subdesarrollo.
- b) El conocimiento cabal de sus efectos y el por qué de sus desventajas sociales.

- c) La realización de esfuerzos encaminados a crear estructuras científicas que hagan posible la exploración y potencialidad de nuevos recursos a fin de aumentar la productividad de aquellas regiones en donde la producción alimenticia y los servicios siguen siendo precarios.
- ch) El empleo planificado en todos los órdenes a fin de obtener resultados óptimos.

CONCLUSIONES.

Como conclusiones de lo que se ha expresado a lo largo de este ensayo, conviene destacar lo siguiente:

1. Que el humanismo, más que una actitud y el conocimiento del hombre, la sociedad y su historia, lo que exige es el compromiso vital y beligerante por el ser humano concreto que a diario nos rodea.
2. Que el humanismo a través de su paso por la historia, se ha nutrido de numerosas corrientes ideológicas, que han luchado y continúan luchando en aras de una mejor condición para el hombre.
3. Que en este siglo XX, más que en cualquier otro tiempo, se ha dado una irrupción incontenible de temas humanistas que no son más que la expresión inequívoca de lo que muchos llaman **NEO-HUMANISMO** y cuya preocupación central consiste entre otras cosas en:
 - a) Librar una lucha contra la amenaza termonuclear a través del apoyo irrestricto a la distensión y la existencia pacífica.
 - b) Corregir los problemas que en el plano de la economía mundial, plantea la internacionalización de la producción y en donde las relaciones desiguales de intercambio (realidad anti-humanista) marcan la pauta.
 - c) Mitigar al menos, los agudos problemas del hambre en el mundo que como ya sabemos, no son producto solo de una insuficiente producción y de un crecimiento acelerado de la población mundial, como muchos intelectuales unilateralmente han querido ver, sino más bien, de la desigual e inhumana distribución y comercialización de los alimentos.
 - d) Buscar fórmulas de arreglo a la crisis permanente y creciente de endeudamiento público por el que atraviesan especialmente los países subdesarrollados a fin de aliviarlos de esa pesada carga que los condena cada vez más al empobrecimiento y miseria.

- e) Crear conciencia sobre los efectos perniciosos que crea la mala aplicación de tecnologías en el acelerado deterioro y la destrucción de los ecosistemas.
 - f) Atender en forma prioritaria los grandes y graves problemas de salud que aquejan a millones de seres humanos en el planeta.
 - g) Aunar voluntades que conduzcan a la solución de dificultades que impiden extender y facilitar la cooperación científica internacional.
4. Que en virtud de lo anterior y comprometido con el estudio de la totalidad de las manifestaciones espirituales y materiales del hombre, este humanismo contemporáneo, no puede en modo alguno refugiarse en visiones unilaterales y hasta autoritarias que apunten hacia un extremado especialismo.
 5. Que hablar de humanismo en abstracto, olvidándose de las circunstancias económicas, tecnológicas, científicas, político-jurídicas y socioculturales que determinan la vida de la especie humana, no es más que caer en falsas y vacías posturas que contrastan con la causa del hombre.
 6. Que la orfandad de humanismo que registran grandes contingentes de población en nuestro tiempo, unido a legítimos temores que se abrigan como resultado del extraordinario desarrollo científico-tecnológico, no siempre controlado y al servicio de la humanidad, son aspectos que deben debatirse permanentemente a fin de no olvidar que el hombre es la medida de todas las cosas y por lo tanto, nada de lo humano, como decía Terencio, me tiene que ser indiferente.

En consecuencia, si lo deseable es que la humanidad emprenda una cruzada que la libere de los peligros potenciales y reales que la acechan, hay que pugnar porque las generaciones del presente y del futuro estén imbuidas o compenetradas de una sólida cultura humanista, basada en un conocimiento minucioso y nunca superficial del hombre en todas sus diversas manifestaciones, es decir, las históricas, filosóficas, lingüísticas, antropológicas, sociológicas, psicológicas, políticas, económicas, artísticas y científicas.

Aún más, en un momento en que muchos seres humanos vagan en un mar de incertidumbre y soledad, en donde sus esperanzas se ven borradas en el horizonte, y en donde sus interpretaciones se tornan confusas, sólo una actitud humanista puede devolverles la guía necesaria para reencontrar su camino.

Con el propósito de tomar bandería en lo que debe ser el humanismo en América Latina, pienso que humanizar la vida del hombre en esta región es

un imperativo del sistema educativo. Estimo que ya es hora de que la clase pensante de nuestras naciones comprenda la necesidad de humanizar las condiciones de vida absolutamente indignas, donde la miseria, el hambre, la soledad, la represión y la muerte, son realidades cotidianas. Es hora ya de que nuestros estudios humanísticos, aborden y denuncien todo aquello que castra las potencialidades del hombre latinoamericano y que le impide realizarse plenamente.

Pienso finalmente que solo una educación integral de profunda base humanista, puede garantizar felizmente la consecución de los objetivos que dentro de esa visión persiguen los Estudios Generales en la Universidad de Costa Rica y que aparecen consagrados en el artículo 114 de su estatuto orgánico.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, editorial Fondo de Cultura económica, México. 1963
- Althusser, Louis y otros, *Polémica sobre Marxismo y Humanismo*, editorial Siglo XXI, México, 8^{ava} edición. 1978.
- Bonilla, Abelardo, *La crisis del humanismo*, publicaciones La Hora, San José, Costa Rica. 1934
- Cuenca B., Juan, "El humanismo: algunos aspectos generales". En *Cuadernos de Estudio N° 19*, Universidad Nacional, Centro de Estudios Generales, agosto de 1987.
- Díaz O., Pablo, "En torno al humanismo". En *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Sra del Rosario N° 521*, Bogotá, Colombia, octubre de 1983
- Dou, Alberto, "Humanismo en el año 2000". En *Revista Razón y Fe*, N° 903, Madrid, España, abril de 1973
- Ferrater, Mora, José, *Diccionario Filosófico*, Tomo 1, editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina. 1965
- Garraty John y Gay Peter, *Hacia el mundo moderno*, Manual de Historia Universal Tomo N° 3, editorial Bruguera, Barcelona, España. 1981
- Guerry, Emile, *La doctrina social de la Iglesia*, tercera edición, ediciones Rialp, Madrid, España. 1963
- Kuhnl, Reinhard, "El liberalismo". En Abendroth W y Lenk K. *Introducción a la ciencia política*, ediciones Anagrama, Barcelona, España. 1971

- Larroyo, Francisco, *Pedagogía de la enseñanza superior: naturaleza, medios y organización*, editorial Porrúa, Buenos Aires, Argentina. 1969
- Malavassi V., Guillermo, "Humanismo". En *Fascículo de fundamentos de filosofía* N° 2, publicaciones de la Universidad de Costa Rica, texto N° 216. 1973
- Marcuse, Herbert, "El humanismo en la sociedad industrial desarrollada". En *La sociedad tecnológica: ¿Camino hacia el desastre?*, Monte Avila editores, Caracas, Venezuela. 1975
- Maritain, Jacques, *Humanismo integral*, ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, Argentina. 1966
- Mejía Quintana, Oscar E, "Hacia una definición del humanismo". En *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, N° 529, vol 78, Bogotá Colombia, abril de 1985 Moreno, Juan Ml y otros, *Historia de la educación*, biblioteca de innovaciones educativas, Paraninfo, Madrid, España. 1978
- Picón, Gaetán, "Las formas del humanismo contemporáneo". En *Panorama de las ideas contemporáneas*, Capítulo X, ediciones Guadarrama, Madrid, España. 1958
- Restrepo R., Beatriz, Mejía Quintana, Oscar y Mila A., Luis, "El humanismo Latinoamericano". En *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Sra del Rosario*, N° 527, Vol 77, agosto-octubre de 1984
- Sánchez, Adolfo, *Estética y Marxismo*, tercera edición, ediciones ERA, México. D.F. 1978
- Sánchez Molina, Ana C, "Humanismo y literatura". En *Cuadernos de Estudios* N° 19, Centro de Estudios Generales Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica, agosto de 1987
- Sierra de Laignelet, Lucía, "La tecnología como factor de deshumanización". En *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Sra del Rosario*, N° 522, vol 76, Bogotá, Colombia, octubre de 1983
- Toffarín, Giuseppe, *Historia del humanismo desde el siglo XIII* editorial Nova, Buenos Aires, Argentina. 1953
- Torres M., Raúl y Chinchilla Sara, *Especialismo y formación humana*, Escuela de Estudios Generales, Seminario efectos humanos del avance científico tecnológico, Universidad de Costa Rica, agosto de 1980
- Verret, Michel, "Marxismo y humanismo". En *Pólemica sobre Marxismo y humanismo* por Louis Althusser y otros, 8^{ava} edición, editorial Siglo XXI, Colección Mínima, México, España, Argentina. 1978